

EL CATEQUISTA, ICONO DEL ROSTRO DE JESUCRISTO

JUAN IGNACIO RODRÍGUEZ TRILLO
DIRECTOR SECRETARIADO NACIONAL DE CATEQUESIS
MADRID

“Rema mar adentro y echad las redes para pescar” (Lc 5,4)

I. LLAMADOS A RENOVAR NUESTRA ESPERANZA

Para impulsar y renovar en todos los creyentes, al comienzo del milenio, la conciencia de nuestra pertenencia a Jesucristo, Juan Pablo II ha elegido este pasaje del Evangelio para presentárnoslo como texto programático. La convicción fundamental que quiere transmitir es esta: “el misterio de Jesucristo es el fundamento absoluto de toda nuestra acción pastoral”¹.

Este texto del evangelio de Lucas debe ser para todo catequista en estos momentos el texto que nos ayude a volver la mirada a los orígenes de nuestra vocación en la Iglesia y a renovar nuestra confianza en la misión encomendada. Para otros muchos supondrá el comienzo de la llamada a ser seguidores de Cristo, a ser catequistas, descubriendo la belleza de la vocación que consiste en ayudar y acompañar al hombre de hoy desde los primeros pasos en la fe hasta su madurez en Cristo.

Es Jesucristo el que desde el primer momento reclama nuestra atención. Mientras que Jesús reunía en torno a sí, tanto de día como de noche, una gran multitud deseosa de escuchar aquel nuevo mensaje de vida, todo parece indicar que aquellos pescadores no encontraban el fruto deseado a su duro trabajo. Y sin embargo aquellos pescadores que estaban ya en la orilla del lago lavando y repasando las redes, acabada ya la dura noche de trabajo, son el signo de estar en el amanecer de un nuevo día, y este es el dato a retener en el amanecer del nuevo milenio.

¹ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 15 (NMI).

La gente “se agolpaba sobre Jesús para oír la Palabra de Dios”, y esta misma Palabra iba a hacerse en aquella mañana mensaje personal para Simón y sus amigos pescadores que iban a sentir la necesidad de hacerse ellos, los primeros, los oyentes de la llamada a una nueva vida, a un nuevo trabajo, a un nuevo esfuerzo, a una nueva manera de entenderse a si mismos y todo lo que les rodeaba. Seguirían, de momento, entre los suyos, con sus mismos amigos, pero cambiaba lo más importante: el centro de sus relaciones más profundas, desde donde todo se entiende. Aquella mañana comenzaban a cambiar todas sus inquietudes y los proyectos que hasta ese momento les importaban.

“Jesús vio aquellas dos barcas que estaban a la orilla del lago... los pescadores habían bajado de ellas” y les pidió un nuevo viaje, una nueva salida hacia el interior de aquel lago que creían conocer a la perfección, pero del que no habían descubierto todavía todas sus profundidades ni los lugares de la auténtica pesca.

A continuación, la palabra se hizo mandato para aquellos primeros discípulos, “Rema mar adentro y echad vuestras redes para pescar”. Es el comienzo sorprendente de una nueva misión. Es la obediencia a la Palabra como forma permanente de la vida, “hemos estado faenando toda la noche, pero en tu palabra, echaré las redes” (Lc 5,5).

La novedad era la presencia de Jesús en la barca, su autoridad guiando la dirección en el camino, aquella nueva manera de enseñar a la gente y haber elegido la barca de Pedro, desde la que sentado, les hablaba.

La experiencia vivida aquella mañana marcaba el camino a seguir porque la vida podía entenderse, desde aquel encuentro, como un camino compartido en el que Él, el Señor, es para siempre el Señor de aquella barca, y el temor, el miedo, la desconfianza no pueden estar más en sus corazones. Son enviados, seguidores de aquel que ha demostrado conocer el momento exacto de la pesca, el lugar mejor para realizarlo, los tiempos y los espacios. El que había dirigido aquella pesca primera les prometió también su presencia en todas las experiencias de la vida: Yo estaré, como lo he estado hoy, siempre a vuestro lado. No temáis.

El relato de la pesca milagrosa contiene muchas de las claves de nuestra renovación catequética en estos momentos. Podríamos describirlos:

- El contexto de la noche, de la dificultad en la misión y los pocos frutos que el duro y abundante trabajo conlleva para el crecimiento de la Iglesia. El catequista descubre en su trabajo las características de la noche, la inseguridad, la duda, la distancia del hombre respecto a las verdades de la fe, la indiferencia, la vida vivida como si Dios no existiera... y de aquí, po-

siblemente, el desencanto, la tentación la tristeza; ¿quedarán fuerzas para comenzar al día siguiente el mismo trabajo?

– Pero junto a ello, y como primero de todo, el recuerdo del momento de la llamada que vivimos llenos de esperanza y de disposición, que nos ayuda a recobrar el sentido de lo que estamos haciendo y la luminosidad y el frescor que es propio de los inicios. Es decir, la imagen del nuevo amanecer del evangelio tras la noche de infructuosa actividad a la que nos conduce tantas veces nuestro infatigable hacer.

– Y en el centro, Jesús, el Maestro que enseña, transmite y proclama la Buena Nueva del Reino. Vemos en Jesús nuestro modelo porque su vida es una vida totalmente formada para la misión, en identificación plena con ella y que desarrolla en todo momento, “para esto he sido enviado” (Lc 4,43).

– El camino interior recorrido por Pedro y los discípulos. Es el camino de fe que la iglesia nos invita a recorrer también a nosotros en estos momentos, porque en los elementos fundamentales de su camino espiritual se perfila el ser del catequista que la nueva evangelización requiere: la cercanía al Maestro, la escucha de su palabra y la confianza en él hasta llegar al seguimiento de su persona.

Si el Papa quiere que resuenen en todo creyente estas palabras del Señor junto al lago de Genesaret, también los catequistas deben escuchar su eco al comienzo de este milenio y desde ellas, con la gratitud de lo ya vivido, “vivir con pasión el presente y abrimos con confianza al futuro” (NMI 2) e interrogándose sobre la vida, asumir con nuevos ímpetus la misión evangelizadora. Si se acoge la llamada no se puede avanzar en el camino sin pararnos primero a reflexionar sobre lo que el Espíritu nos ha dicho, aprovechar el tesoro de gracia recibido y desde aquí, pensar en el futuro de nuestra catequesis, que pasará, necesariamente, por la reafirmación de la realeza del Señor en nuestra vida. Con ello afirmaremos también nosotros que “no será una fórmula la que nos salve sino una Persona y la certeza que ella nos infunde” (NMI 29), y permitiremos que el anuncio de Cristo llegue a las personas a través del catequista configurado como icono del rostro de Jesucristo. En tu palabra Señor, continuaremos el camino, como:

Catequistas llenos de esperanza, porque la esperanza nos viene no de nuestra propias fuerzas o nuestro carácter optimista, sino de la presencia continua del amor que nos acompaña y de su poder que guía nuestra actividad y nos socorre allí donde nuestras posibilidades parecen ya hundirse; en el fondo la realidad de la esperanza cristiana que se basa en la Encarnación de Jesucristo y su presencia actual entre nosotros; la esperanza que se nos

da como un don cuando entendemos que todo nos viene de arriba, nos viene dada más allá de nuestras posibilidades de acción. Nosotros vivimos de la esperanza que nos hace mirar al hombre y al mundo con confianza pues tenemos la garantía de la intervención del amor de Dios en la historia y en su Hijo Jesucristo.

El catequista lleno de esperanza se abre hacia un verdadero futuro construido sobre el fundamento que soporta todas las tempestades, la Palabra segura de Jesús, que nos invita a no temer porque Él puede cambiar el corazón del hombre “y tiene el poder de realizar una pesca milagrosa cuando menos los imaginamos”². El catequista está llamado a renovar su confianza en el Señor de la historia que da crecimiento a la semilla, crecimiento que va más allá de nuestras posibilidades pues es esperanza en el amor ilimitado de Dios a cada persona con la que nos encontramos. Sin duda que así lo hemos pensado muchas veces en la lectura del texto del *Directorio General para la Catequesis* que nos invita a estar convencidos de la necesidad de que “los operarios del evangelio aprendan a descubrir las posibilidades abiertas a su acción evangelizadora en situaciones nuevas y cambiantes ya que siempre es posible un proceso de transformación que permita abrir un camino de fe” (DGC 280).

Catequistas afianzados en el Señor. Cuando Pedro se dirige por primera vez a Jesús en este pasaje se dirige a él como el Maestro. “Maestro, hemos estado toda la noche...” pero al final y tras la actuación poderosa de Jesús no solamente en la pesca abundante sino en el interior de su corazón se dirige a él como el Señor, “Señor, soy un hombre pecador”. Es necesario recorrer también nosotros este itinerario, especialmente nosotros que tenemos la misión de ayudar a otros a esta maduración de la fe en Jesucristo. Hay un camino interior de acercamiento a Jesús que hay que recorrer en primera persona para poder ser guías del mismo camino para nuestros hermanos, al igual que otros lo han sido para nosotros. Solo aquel que ha reconocido en Cristo al Maestro y al Señor, aquel que ha visto al Señor y permanece en él, tiene experiencia de primera mano y está capacitado para llamar a otros y recorrer el camino con ellos.

Catequistas fiados en la palabra de Jesús. La vida del catequista tiene su punto de apoyo en estar fiado en su palabra y permanecer en su amor, pues este es el presupuesto indispensable de nuestro servicio. Tener el valor de caminar con Jesús después de haber escuchado una palabra suya. Siempre

² JUAN PABLO II, *Discurso a los jóvenes de Roma*, 5 de abril de 2001.

será necesario tener su palabra por más real que todas las cosas que tantas veces se nos muestran como lo único válido.

Catequistas expertos en el encuentro vivificador de la gracia. El apóstol Pedro experimentó una fuerte llamada a la conversión al encontrarse con el amor y el poder de Dios actuando en su vida, y “cayó a las rodillas de Jesús” (Lc 5,8) El cristianismo es gracia, comenta Juan Pablo II, “es la sorpresa de un Dios que ...nos ha hablado por medio de su Hijo y que se siente siempre consolador para con los pecadores necesitados de misericordia” (NMI 4). Cuando el hombre experimenta a Dios, conoce su condición de pecador, y cuando le reconoce verdaderamente se conoce también verdaderamente a sí mismo y así llega a su autenticidad mayor. Este es el punto de partida de la experiencia del verdadero amor de Dios y la forma de entender que nos ama y que nosotros podemos amarle. Sin conversión no es posible acercarse a Jesús y a su evangelio. Junto a ello es necesario afirmar que solo puede anunciar la conversión quien previamente ha sentido su necesidad y ha comprendido la grandeza de la gracia. La invitación a remar mar adentro supone también, de forma prioritaria, esta conciencia de salir al encuentro del hombre para llevarle a Jesucristo, un encuentro que alcanza el corazón del hombre y un encuentro en el cual se realiza la salvación de Cristo.

Así serán los catequistas de la nueva evangelización, los catequistas que necesita la Iglesia expertos en la obra de la salvación de Cristo que se realiza en la barca de Pedro y se abre desde ella a todos los hombres.

II. JESUCRISTO, FUNDAMENTO ABSOLUTO DE LA VIDA DEL CATEQUISTA

1. *Caminar desde Cristo*

¿Ha conseguido el Jubileo del año 2000 centrar la vida del catequista en Cristo? ¿Nos sentimos herederos de la gran herencia que este acontecimiento nos ha dejado, la contemplación del rostro de Cristo? Esta pregunta podría ser punto de arranque para una reflexión que resulta necesaria en estos momentos en los que el catequista debe buscar, ante todo, el sentido de su vida sabiendo responder a las tres preguntas que en el jubileo de los jóvenes guiaron los discursos del Papa: ¿Qué buscáis? ¿Quién decís que soy yo? ¿A quién vamos acudir? Las tres preguntas inciden directamente en la necesidad de la relación personal con Jesucristo y son tres preguntas que deben ser contestadas explícitamente por cada uno de nosotros.

Pero, ¿por qué es urgente esta fundamentación de toda la vida en Cristo para el catequista? Lo es por la finalidad misma de la catequesis que busca, como señala *Catechesi tradendae* y recoge *el Catecismo de la Iglesia Católica*, no solo poner en contacto con Jesucristo sino propiciar la comunión y la intimidad con Él. El catequista, que debe guiar a otros en este camino, no puede realizar este servicio sin haber experimentado esta llamada tan concreta a mantener esa relación con Jesucristo, ni puede estar guiado únicamente por algunos intereses que, importantes y necesarios como pueden ser el trato con niños o jóvenes, el deseo de ayudar, sus habilidades para poder formar a otros, etc.. son consecuencia de la nueva visión del mundo y de las cosas que recibe de su amistad con Jesucristo. Es necesario insistir en este punto, tal y como Juan Pablo II lo subraya en la carta apostólica, para que la catequesis se configure desde la expresión paulina de “aprender a Cristo, habiendo oído hablar de Él y habiendo sido enseñados conforme a su verdad” (cf. Ef 4,20-24)

Esta fundamentación en Cristo de la vida podría estar guiada por el itinerario que para la vida del catequista proponía la celebración jubilar que reunió en Roma a catequistas de todo el mundo. Allí se invitaba, al hilo de la liturgia del segundo domingo de Adviento, a comparar la figura del catequista con la de Juan Bautista y siguiendo los rasgos de la vida del precursor, realizar una verificación de la misión que la Iglesia le confía.

Juan Bautista fue “un creyente comprometido personalmente en un exigente camino espiritual, fundado en la escucha atenta y constante de la palabra de salvación. Además testimonia un estilo de vida desprendido y pobre, demuestra gran valentía al proclamar a todos la voluntad de Dios, hasta sus últimas consecuencias. No cede a la tentación fácil de desempeñar un papel destacado, sino que con humildad se abaja a sí mismo para enaltecer a Jesús. Como Juan Bautista, también el catequista está llamado a indicar a Jesús, al Cristo. Tiene como misión invitar a fijar la mirada en Jesús y a seguirlo, porque solo él es el Maestro, el Señor, el Salvador. Cómo el precursor, el catequista no debe enaltecerse a sí mismo, sino a Cristo. Todo está orientado a él, a su venida, a su presencia y a su misterio. El catequista debe ser voz que remite a la Palabra y amigo que guía hacia el esposo. Y sin embargo, como Juan, también él es, en cierto sentido, indispensable, porque la experiencia de fe necesita siempre de un mediador que sea al mismo tiempo testigo”³.

³ JUAN PABLO II, *Homilia en el Jubileo de los catequistas*, Roma 10 de diciembre de 2000.

Camino espiritual exigente, estilo de vida desprendido, valentía al hablar de Dios y la referencia explícita a Jesucristo como indicador, como precursor, como testigo. ¿Es posible un catequista así?

2. *El laboratorio de la fe en la vida del catequista*

“Verdaderamente no fue fácil creer, los discípulos de Emaús creyeron solo después de un laborioso itinerario del espíritu. Tomás creyó únicamente después de haber comprobado el prodigio... a Jesús no se llega verdaderamente más que por la fe, a través de un camino” (NMI 19). En el Jubileo de los jóvenes Juan Pablo II desarrolló más extensamente esta convicción, expresada ahora en la carta apostólica, cuando en la vigilia de oración decía:

“Queridos amigos, también hoy creer en Jesús, seguir a Cristo Jesús siguiendo las huellas de Pedro, de Tomás, de los primeros apóstoles y testigos conlleva una opción por él y no pocas veces es como un nuevo martirio... ¿Es difícil creer en un mundo así? ¿En el año 2000 es difícil creer? Sí, es difícil, no hay que ocultarlo, es difícil, pero con la ayuda de la gracia es posible”⁴.

Evidentemente llegar a esta experiencia de fe en la vida de un catequista supone un laborioso itinerario del espíritu, supone muchas dificultades, pero en ellas, en las luchas y trabajos de cada día, la fe en Cristo se irá haciendo el centro de la vida. Es laborioso itinerario en el cual hay que ir aprendiendo a leer la vida como historia de Dios en mí e ir asumiendo esta vida en categorías de signo y entrega a los demás. Este proceso de la fe, en el que el catequista debe ser experto, se vive desde el momento en que se entiende que la vida es asumida por Cristo hasta que se confiesa en primera persona ¡Señor mío y Dios mío!

Se trata de adquirir el discernimiento necesario para ver como el Señor ha ido actuando en la vida y poder así ser, más adelante, educador y guía de otros en el proceso de madurez hacia la plenitud de vida en Cristo. Este laboratorio del espíritu le llevará al convencimiento de que el centro de la vida del bautizado es llegar, a través de toda la vida, a la confesión de fe: ¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo! y a poder decir en cada momento: “La vida que vivo al presente en la carne la vivo en la fe del Hijo de Dios” (Gál 2,20). Para llegar a ello se trata de ir recorriendo este itinerario:

- descubrir que todo comienza con una gracia de revelación, un don, que es un encuentro de amor y que manifiesta varias dimensiones;

⁴ JUAN PABLO II, *Jubileo de los jóvenes. Vigilia de oración*, Roma 19 de agosto de 2000

- meditar, haciendo un ejercicio de memoria histórica a la luz de la fe, en la acción de Dios en la vida para ser consciente de los momentos en los que el Señor ha hablado, bien a través de la Escritura, de la Iglesia, de la oración, de los acontecimientos, para orientar el rumbo de la vida e ir confirmando la fe;
- ir adquiriendo sensibilidad a la voz continua de Dios y aprender a responder a la pregunta ¿cómo ha ganado la voz de Dios en la vida?; para ello hay que “dejarse modelar por el Espíritu Santo. Haced la experiencia de la oración, dejando que el espíritu hable a vuestro corazón. Orar significa dedicar un poco de tiempo a Cristo, confiarse a él, permanecer en silenciosa escucha de su Palabra y hacerla resonar en el corazón”⁵;
- formarse en la necesidad de un diálogo permanente con la palabra de Dios, palabra de la verdad, “palabra que llena, que invita, que interpela personalmente. Cuando la Palabra toca a una persona, nace la obediencia, la escucha que cambia la vida”⁶;
- todo ello se realiza en la vida diaria, en el tiempo y en el espacio y ayuda a ir adquiriendo la certeza de que nada pasa por casualidad, “todo ha sido hecho en Cristo, por tanto creed intensamente en Él”⁷ y que por tanto todo nos ha ido ayudando a “no pensar nunca que somos desconocidos a los ojos de Dios, como simples números de una masa anónima, pues cada uno es precioso para Cristo. Pues él nos conoce tiernamente y nos ama especialmente”⁸;
- se llega al convencimiento de que Cristo sigue caminando a nuestro lado por los senderos de la historia, cumpliendo su promesa, y que guía la vida de cada persona y de la humanidad sin cesar de pedirnos en cada momento que creamos en él, en su Palabra, en la realidad de la Iglesia, en la vida eterna, llegando así a “una fe viva que dé para siempre sentido a vuestra vida, centrándola en Jesús, la Palabra hecha carne”⁹.

3. Jesucristo, el catequista, la catequesis

⁵ JUAN PABLO II, *XV Jornada mundial de la juventud*, Roma 15 de agosto de 2000.

⁶ *Orientalium lumen* 10.

⁷ JUAN PABLO II, *XV Jornada mundial de la juventud*, n. 5

⁸ *Ibid.*, n. 6

⁹ *Ibid.*, *ibid.*

Así, en la vida del que tiene la misión de “intentar que la fe, iluminada por la enseñanza se haga viva, explícita y operante en la vida de los hombres”¹⁰ y que ha asimilado la convicción de que “en la catequesis solo Cristo enseña mientras que toda otra persona lo hace en la medida en que es portavoz suyo”¹¹ no pueden faltar las siguientes convicciones que hay que ir asumiendo a lo largo del camino:

– “lo único importante es ser hallados por Jesucristo”, como escribe S. Ignacio de Antioquía en su carta a los Efesios, y esto es el punto de partida del camino para que la Iglesia, a través de la catequesis, siga siendo fiel al mandato del Señor y al tesoro de gracia que se le ha encomendado y que debe transmitir a los hombres de hoy¹².

– Tras ser hallados por Jesucristo y para poder transmitir su mensaje, la condición necesaria es permanecer en Él. Por tanto, para el servicio a Cristo, a su enseñanza, es indispensable su seguimiento. Ninguno de los llamados a exponer su doctrina, su vida, su mandato puede pensar en otro cimiento para su vida.

– Jesucristo debe ser la vida inseparable de quien le sirve en el ministerio de la catequesis y han recibido el mandato de enseñar su mensaje. No es posible anunciar esta verdad que es Cristo sin vincularse a ella estando dispuestos a dar la vida por ella y por los hermanos a los que se la comunica.

En este caminar para hacer de Cristo el centro de la vida el catequista se debe sentir miembro de la Iglesia. La iglesia que vive cada día esta misma verdad para hacer de Cristo el centro de todo lo que ella es. Para que Cristo sea la luz de las gentes ella debe ser su sacramento, signo luminoso, señal e instrumento. Por ello es válida para todo catequista una profunda reflexión sobre la necesaria fundamentación en Cristo de toda la vida al estilo de la que el Cardenal H. de Lubac aplica a la Iglesia en una de sus obras:

“Si Jesucristo no constituye para la iglesia toda su riqueza, la Iglesia es miserable; si el Espíritu de Jesucristo no florece en ella, la Iglesia es estéril; su edificio amenaza ruina si no es Jesucristo su arquitecto y el Espíritu Santo no es el cimiento de la piedras vivas con que está construida. No tiene belleza alguna si no es el reflejo del rostro de Jesucristo y si no es el árbol cuya raíz es la Pasión de Jesucristo. La ciencia de que se ufana es falsa y también su sabiduría si no resumen a Jesucris-

¹⁰ CONCILIO VATICANO II, Decreto *Christus Dominus*, 14.

¹¹ JUAN PABLO II, Exhortación apostólica *Catechesi tradendae*, 6.

¹² Cf. J. RATZINGER, Homilía en la clausura del Congreso Internacional para la catequesis, Roma 17 de noviembre de 1977.

to. Ella nos retiene en las sombras de la muerte, si su luz no es luz iluminada que viene enteramente de Jesucristo. Toda su doctrina es mentira si no anuncia la Verdad que es Jesucristo. Toda su gloria es vana si no la funda en la humanidad de Jesucristo. Su mismo nombre nos resulta extraño si no evoca en nosotros el único nombre que les ha sido dado a los hombres para que alcancen su salud. La Iglesia no significa nada para nosotros si no es el sacramento, el signo eficaz de Jesucristo”¹³.

Que Jesucristo constituya para el catequista su mayor riqueza y el Espíritu de Jesucristo florezca en él y no habrá así riesgo de pobreza, de cansancio o de esterilidad; que Jesucristo sea el arquitecto y el Espíritu Santo el cimiento de las piedras con que esté construido todo proyecto, todo edificio y la clave de todo método y ninguno de ellos amenazarán ruina. Que la catequesis refleje, a través del catequista, la belleza del rostro de Jesucristo, la belleza del evangelio, y entonces todas las ciencias y las sabidurías nos ayudaran a presentar al Señor. Que la luz que tantos piden, quizás sin saberlo, cuando se acercan a la catequesis, la reciban en la medida que seamos nosotros no nuestra propia luz sino luz iluminada que viene enteramente de Jesucristo. Que el catequista anuncie la verdad de Jesucristo, el nombre del único que nos ha sido dado para que todos alcancemos la salvación. La catequesis será significativa para la vida y las necesidades de los hombres de hoy si es señal y signo luminoso de Jesucristo.

La fundamentación en Cristo de toda la vida del catequista nos conduce también a nosotros a adoptar este estilo y plantearnos con valentía una renovación de la catequesis centrada en la vida en Cristo de los catequistas, como han propuesto siempre los santos que con su vida han orientado los caminos de la catequesis en cada momento y en sus escritos nos han dejado tesoros de tradición que debemos seguir acogiendo, como el testimonio del Beato Manuel González que plantea con su estilo siempre directo e incisivo:

“Para mí todo lo que sobre pedagogía catequística hay que decir, se encierra en este sencillísimo principio: la catequesis es el catequista. Dadme un catequista con vocación, ya sea por deber, ya por caridad, con la preparación intelectual adecuada, que trate primero con el Corazón de Jesús en el Sagrario lo que va a tratar después con los niños, y que sobre todo ame a estos con el amor que se saca del Sagrario, dadme un catequista así, y no me digáis ya que este catequista no puede enseñar aunque le falte material docente... en resumidas cuentas, dadme cristianos llenos y rebosantes del conocimiento, de la imita-

¹³ H. DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia* (Madrid 1980) 177.

ción y del amor a Jesucristo y yo os daré personas de verdad cristianas. ¡Hay que formar catequistas!"¹⁴.

III. ¡QUEREMOS VER A JESÚS! EL CATEQUISTA, ICONO DEL ROSTRO DE CRISTO

Las consecuencias en vistas a continuar en el camino de adecuada comprensión de la catequesis según las indicaciones pastorales de *Novo Millennio Ineunte* son precisas.

La fuerza del mensaje que transmitimos viene de la contemplación del rostro de Cristo. La importancia que cada catequista dé a la contemplación del rostro de Cristo será el signo claro de la voluntad que tiene de conferir a toda su misión un estilo nuevo de vida que influirá, con toda seguridad, en el estilo de vida de cuantos le han sido confiados para iniciarles en el seguimiento del Señor.

Los catequizados de cualquier edad o condición, niños, adolescentes, jóvenes o adultos, deben poder percibir esta referencia vital a Cristo en la vida del que les está ayudando a caminar para aprender a Jesucristo y tiene como primera misión la de anunciarle las verdades de la fe, que culminan en la encarnación; del que les está narrando los hechos y los dichos de Jesús y que para hacerlo creíble debe aparecer vinculado a esta historia.

Si no enseñáramos a Jesucristo, si no viviéramos esencialmente de la fe en Jesucristo, de aquella fe que el apóstol Pedro proclamó en el camino de Cesarea, con las palabras que nos llegan vivas hasta hoy "Tú eres el Mesías, el Cristo, el Hijo de Dios vivo", ¿nos sorprendería que nuestras catequesis llegaran a decepcionar a muchos y no continuaran en ellas; que no llegarán a iniciar en el misterio de la iglesia como sacramento de Jesucristo; que no transformarán la vida según el Evangelio; que no transmitieran el gusto por la amistad con el Maestro, a través de la oración?

El catequista debe tener la convicción de que, por la fuerza del mandato recibido y a pesar de su pobreza, debe ser icono de Jesucristo y puede decir como S. Pablo: "Sed imitadores míos como yo lo soy de Cristo". Viviendo una profunda vida de fe, en sintonía con una intensa vida de oración, con los sacramentos, con el estudio, el catequista es llamado a manifestar a Cristo, a

¹⁴ *Obras completas de D. Manuel González García*. III. *La gracia en la educación*, nn. 4594-4596 (Burgos 2000) 350-351.

ser Jesús vivo y presente hoy para los que educa en la fe. Su misión es la de enseñar a descubrir, a ver y a acoger a Jesús

Llevar a otros al descubrimiento y aceptación de Jesucristo se constituye en su mayor alegría y a su vez en el camino de la catequesis: anunciar que sólo en Jesucristo está la salvación, Él es el único salvador; suscitar una respuesta a este anuncio que pueda llegar a expresarse en la profesión de fe en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo; enseñar a celebrar esta salvación en la Iglesia, en los sacramentos y acompañar en el descubrimiento de la vocación que Dios da a cada uno en el Espíritu Santo. "Es preciso que la catequesis, la acción litúrgica, las diferentes iniciativas de nuestras comunidades, asuman una fisonomía más explícitamente misionera, poniendo siempre en el centro el anuncio de Jesús, único Salvador y permitiendo que este testimonio interactúe con los interrogantes, preocupaciones y expectativas que conforman la trama de la vida diaria de nuestro pueblo"¹⁵.

El catequista debe saber decir "nos apremia el amor de Cristo" (2 Cor 5,14), y como la iglesia no ha dejado de proclamar en toda su historia, el catequista actuará con la convicción de que cuando en la catequesis se transmite el mensaje y se enseña a Jesucristo se le enseña como la respuesta definitiva a la pregunta sobre el sentido de la vida y a los interrogantes fundamentales que el hombre de hoy se plantea. El catequista, porque lo vive en sí mismo, está convencido de que Jesucristo es el único camino de vida para los hombres y que por ello debe comunicarlo, como lo han estado convencidos los grandes santos catequistas.

S. Agustín dice en uno de sus sermones: "¿Quién no aspira a la verdad y a la vida? Pero no todos hallan el camino"¹⁶. Alguien tiene que decirles que es a Jesucristo a quien todo hombre busca cuando busca la felicidad, y que Jesucristo es la belleza que a todos nos atrae. Esta seguridad en la verdad de Cristo nos invita a no ceder a ninguna tentación de desánimo sino al contrario, a acercarnos a todos nuestros catequizandos sabiendo que la catequesis servirá para que muchos hombre y mujeres de hoy salgan de una vida superficial y carente de sentido y mediante una catequesis continuada y sistemática les llegue el mensaje de Cristo que les llene de gozo el corazón.

No puede haber ninguna otra convicción que se constituya en el punto de arranque, camino y meta de la vida del catequista que el nuevo siglo necesita que no sea la de sentirse llamado a una vocación especial que es la de

¹⁵ JUAN PABLO II, *Mensaje a la Diócesis de Roma al clausurarse el Jubileo*, Roma 14 de febrero de 2001.

¹⁶ S. AGUSTÍN, *Sermo*, 142,1.

“identificarse con la figura de Jesucristo, maestro formador de discípulos, tratando de hacer suyo el celo por el Reino que Jesús manifestó” (DGC 239).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos alienta en este camino, nos confirma en la necesidad y en el deber de “ante todo buscar esta ganancia sublime que es el conocimiento de Cristo” (CCE 428), porque de este conocimiento amoroso de Cristo “es de donde brota el deseo de anunciarlo, de evangelizar, y de llevar a otros al sí de la fe en Jesucristo” (CCE 429). Esta es la misión que en la barca de Pedro el catequista ha recibido: “llevar a otros al sí de la fe en Jesucristo”.

Así pues, la invitación del Señor a remar mar adentro alcanza el ser más íntimo de la experiencia del catequista que renueva su esperanza en la acción del Señor, escucha su palabra, trabaja en comunión con el Maestro y sus compañeros de misión, avanza en la madurez de su fe al conocer más a Aquél que le ha llamado y refuerza su vocación de seguimiento para ofrecer a los hombres a los que ha sido enviado, la auténtica experiencia de la salvación.

Remar mar adentro, ¿con que meta? Salir al encuentro del hombre, misterio insondable, y para ir en pos de todos los hombres, océano sin límites... Ello resulta posible sólo en una iglesia misionera, capaz de hablar a la gente y, de manera especial, capaz de alcanzar el corazón del hombre, pues ahí, en tan íntimo y sagrado retiro, tiene lugar el encuentro salvífico de Cristo¹⁷.

Remar mar adentro, ¿con que estilo? El del que siente la urgencia del mandato, y lo deja todo, sigue al maestro, y se siente llamado a despertar en la Iglesia un nuevo entusiasmo por la evangelización y la catequesis, hablando de un modo seductor de Jesucristo, sabiendo suscitar en otros el deseo de seguir también ellos a Jesús, y encontrando en Jesús de Nazaret, tal como lo ha anunciado siempre la Iglesia, el sentido de la propia existencia y la fuente de la plenitud de vida, “anuncio de felicidad para todas las personas de cualquier edad, condición, cultura y nación”¹⁸, con el corazón lleno siempre de la alegría que viene del Espíritu Santo.

Esta alegría en el Espíritu Santo debe ser la característica principal del catequista que, a pesar de las dificultades, conserva siempre a Cristo como estrella que orienta su actividad y “cuenta con la fuerza del Espíritu Santo que fue enviado en Pentecostés y que nos empuja hoy a partir animados por la esperanza que no defrauda” (NMI 58).

¹⁷ JUAN PABLO II, *XVI Jornada mundial de la juventud*, abril 2001.

¹⁸ JUAN PABLO II, *Homilía en el jubileo de los catequistas y profesores de religión*, Roma 10-de diciembre de 2000.